

# HACER ARQUITECTURA

Rogelio Salmona\*

**H**ace un tiempo hicimos en España, en Alcalá de Henares, un taller con estudiantes españoles y latinoamericanos, una experiencia fantástica en la cual recuperamos pasos perdidos desde hace muchos años y pudimos encontrar el hilo conductor entre España y América Latina; cierto día en ese taller me preguntaron los estudiantes ¿cómo veía la arquitectura?

Y me pusieron realmente en un aprieto.

Yo les dije que la arquitectura que me gusta a mí, la que yo quiero hacer es aquella arquitectura que se puede descubrir con sorpresa, que no se impone, pues considero que es más bella la arquitectura cuando se descubre con emoción, con encantamiento, como se descubre la naturaleza. Les dije que hacer arquitectura para mí era renacer elementos que ya existen: no se inventan los patios, las atarjeas, las bóvedas, las techumbres, los vanos, las transparencias, las galerías.

Hacer arquitectura en estos días es tener un acuerdo tácito con la historia, pues toda obra prepara para la siguiente, es el resultado de una dura práctica en la búsqueda de lo esencial. En cada momento y lugar hay que saber escoger, descartar y seleccionar las respuestas más adecuadas.

Para mí la arquitectura es una síntesis inteligente de vivencias, de lecturas y de pasiones, un puñado de nostalgias. La arquitectura transforma la naturaleza pero sobre todo transforma la ciudad, la moldea, es el palpito del lugar y el lugar de encuentro entre la razón, el encantamiento y la poesía. Es tan importante conseguir un repentino cambio de escala como la escala misma, las relaciones en el espacio como el espacio mismo, las transparencias como las continuidades, la claridad como la penumbra, un muro con su reciedumbre, como una fina atarjea. Un espacio abierto tiene la importancia de un espacio cubierto. Cubrir un espacio es crear un volúmen, no es sólo techarlo, un volumen está formado por el espacio que lo contiene y a su vez forma el espacio.

La arquitectura debe permanecer, pero debe ser variada como la faz de los seres humanos, engloba muchos aspectos, es suma de conocimientos y una de las actividades más importantes del hombre, al mismo tiempo la más humana de las actividades. La verdadera razón de la arquitectura, además de la habitabilidad que siempre se nombra, es el goce y la dulzura.

*El presente texto surge de la conferencia dictada por el arquitecto Rogelio Salmona en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Santo Tomás de la ciudad de Bucaramanga, el 10 de noviembre del 2000. La charla fue dictada en el marco de las actividades que conmemoraban los 25 años de la facultad de arquitectura. (Publicación autorizada por el autor).*

*\* Rogelio Salmona nace en París en la segunda mitad de la década de los 20 y llega a Colombia junto con su familia a finales de 1931, trasladándose a Bogotá entre los años 1933 y 1934. Ingresó a estudiar Arquitectura en la Universidad Nacional en 1947. La situación de orden público del país lo lleva a París en 1948 y allí trabaja en el Taller de Le Corbusier por un espacio de 10 años luego de los cuales regresa a Colombia. En 1962 obtiene su título de arquitecto en la Universidad de los Andes de Bogotá.*

*Detalle escalera, Biblioteca Virgilio Barco  
Foto, Arq. Juan José Cobos Roa*

Yo me he emocionado al recorrer lugares arquitectónicos llenos de sabiduría y hermosura, tan llenos de dudas y de aciertos; recuerdo aquí la arquitectura del sur de Francia, la arquitectura románica de Cataluña, de España, de Francia, y de Italia, lugares como La Alhambra de Granada: allí la arquitectura es una fiesta, y así son también los espacios abiertos de la América precolombina, llenos de silencio, realizados para distintos usos, buscando el acontecimiento, espacios que anunciando el lugar crean signos y obligan a motivar los sentidos; son espacios evocadores que crean la atmósfera de cada lugar.



*Fachada, Biblioteca Virgilio Barco*  
*Foto, Arq. Juan José Cobos Roa*

La arquitectura también es una manera de ver el mundo y de transformarlo, es sobre todo un hecho cultural que propone y en ciertos casos provoca la civilización; es una mirada que recorre con rigor, con entusiasmo, las pequeñas cosas de la vida, que sublima lo cotidiano; es por ejemplo, una ventana a través de la cual entra el paisaje, es un patio que sabe que desde allí el hombre descubre las estrellas y llega a un límite inimaginable.

La arquitectura es tan deudora de lo cotidiano, como de lo más espiritual del arte. Ayuda a resolver los pequeños problemas del hombre pero se encarga al mismo tiempo de los grandes temas de la civilización y de las grandes obras de la cultura universal. Este saber es más que conocimiento, es patrimonio espiritual que aflora cuando un determinado estímulo excita la memoria y despierta la creatividad.

El conocimiento de la arquitectura no puede ser sino el fruto de una continua búsqueda proyectual y teórica, pero también es fruto del trabajo mismo en la arquitectura, por medio del cual se trata de asegurarlo plenamente para lograr el sueño del hombre por crear su mundo.

Proyectar, aunque prefiero decir, componer la arquitectura, es sentir y expresar la emoción del mundo: hacerlo es un acto de rememoración, es continuar en el tiempo lo que otros a su vez han creado, constituye un acto profundamente culto.

No se recrea lo que no se conoce, por el contrario, es el conocimiento el que permite la escogencia y la selección y éste es el gran momento de la creación, el momento en el cual, como sucede con la música, se empieza a componer transformando el sistema de elaborar las formas, a definir la espacialidad particular de cada obra y a establecer sobre todo la espiritualidad del hombre, el aspecto más importante de la arquitectura.



Por su complejidad no es sólo un hecho estético. La arquitectura se vive, se aplica a sensaciones visibles, perceptivas, auditivas, táctiles; se percibe cuando nos movemos en los espacios construidos, en los espacios arquitectónicos. Son rincones, como diría Gaston Bachelard: «Conservamos los recuerdos de las emociones del mundo, vivimos en ellas, como las estrellas en el firmamento, siempre atraídas entre ellas».

Para hacer arquitectura se requiere mirar atrás, mirar la propia arquitectura, estudiarla y conocerla para saber en qué punto de la historia nos encontramos en el momento de hacerla. Conviene mirar atrás antes de dar un paso hacia delante ¿o no sería, Uds. me darán la razón, un gran desperdicio desconocer las obras de la arquitectura universal y una inmensa tontería, siendo arquitectos americanos, desconocer los grandes conjuntos abiertos prehispánicos, las sutilezas de la arquitectura colonial y la riqueza del

mestizaje, la sencillez de la cultura popular y sobre todo las innovaciones y la causa social de la arquitectura moderna?.

Conviene mirar atrás, pero hay que saber retirar la mirada en el momento oportuno, tratar de crear y recuperar, transformar e innovar y no de copiar. Retirar la mirada pero también retenerla profundamente, caminar por las plazas centenarias, por los patios olvidados, por todos los lugares que han visto desfilan la historia para encontrar en el silencio su propia resonancia. Retener la mirada para medir y dibujar esos lugares como solución y guardarlos en la memoria para algún día recordar sus medidas, sus ecos, su resonancia, y componer recargado de la emoción la obra arquitectónica, los espacios expresivos y lugares de encuentro. La memoria ayuda siempre a encontrar el camino a la poesía, ayuda a descubrir que es posible y necesario componer con el material, con la luz y con la penumbra, con la humedad, con las transparencias y los seres humanos para lograr una espacialidad enriquecedora.

A diferencia de las otras artes, la arquitectura es sustancialmente abstracta y materialmente utilitaria, está condicionada a los acontecimientos del contexto del cual forma parte. Una de sus características es tener un claro concepto de la realidad, es decir, que debe poder evaluar lo propio, saber extraer del fondo de la propia cultura y de la cultura universal, de la geografía, las soluciones más acordes a las necesidades y comportamientos.

La arquitectura no debe separarse ni de su tiempo ni de su gente. Debe proponer espacios que produzcan emociones, que aprehendan con la visión, pero también con el aroma y el tacto, con el silencio y el sonido, la luminosidad y la penumbra y las transparencias que se recorren y que permiten descubrir espacios expresivos.

***«La arquitectura es una manera de ver el mundo y de transformarlo. Entiendo la arquitectura como una síntesis inteligente de vivencias, de lecturas y pasiones, de puñados de nostalgias.***

***La arquitectura transforma la naturaleza y la ciudad, la moldea, es el pápito del lugar y lugar de encuentro entre la razón, el encantamiento y la poesía. Entre la claridad y la magia.***

***Por ello, la arquitectura es la suma de conocimientos de una de las actividades más importantes del hombre, pero, al mismo tiempo, la más humana de las actividades artísticas»***



*Vista parcial, Biblioteca Virgilio Barco  
Foto, Arq. Juan José Cobos Roa*

Yo por mi parte creo en la arquitectura que me permite oír la resonancia de extensiones y me emocionan aquellas arquitecturas que dejan entrever la mano vacilante del que las elabora y las construye, sus dudas, los errores, los intentos como notas silenciosas en el resultado, sobre todo sus dudas.

La duda siempre es generadora de descubrimientos, distanciamiento de esquemas ideológicos, obliga a pensar, a ver las cosas con otros ojos, sin prejuicios. Dudas pero también certezas, una de ellas es el acercamiento cada vez más estrecho en el lugar en el cual la arquitectura se compone y se construye. Saberlo interpretar es una manera de hacer arquitectura.

La arquitectura como un problema funcional es por un lado siempre colectiva, cultural e histórica; pero la arquitectura es también para el paisaje y para los sentidos. La mejor arquitectura es a mi juicio, aquella que transforma sin modificar, es aquella que se descubre lentamente con emoción, que es capaz de proponer espacios que encanten, alegren y sorprendan. Pero claro está, no podríamos hablar de arquitectura ni de cualquier otro arte sin tener en cuenta la dificultad del proceso de creación y de construcción y las técnicas para elaborarla.

Francastel nos dice que ante todo el artista debe resolver un problema técnico. Si la obra es una producción tradicional, por ejemplo en la artesanía, el problema técnico en sí no existe, se soluciona en muchos de los casos con códigos o tratados, particularmente si se trata de arquitectura, suficientemente divulgados y experimentados; pero si se trata de innovar, de crear obras que desbordan esa tradición el problema se vuelve más complejo. Los aspectos técnicos se complican hasta el punto que hay que volver a pensar con ayuda de otros.

Aristóteles distingue dos formas de creación humana: la poiesis y la techné. La poiesis es la producción, el trabajo del obrero, lo propio del artesano. La primera se ocupa de la producción de objetos siguiendo las indicaciones inmutables de la tradición y la experiencia. La segunda es un saber hacer, es decir, una forma de producción que integra la innovación. La techné permite entender y transformar el proceso de creación y la finalidad de un objeto dado favoreciendo la transformación continua de la técnica a la luz de los conocimientos adquiridos por el hacer.

La diferencia entre hacer y saber hacer, entre poiesis y techné, se funde por consiguiente en la arquitectura; ésta reúne en consecuencia conocimiento e identidad, reflexión, crítica y trabajo en grupo. Es el reflejo de la cultura que funda la experiencia y permite el acople entre saber y saber hacer. Los vínculos, por consiguiente, entre tecnología y arquitectura son evidentes, sin embargo hay que tener cuidado de no reducirlos a una simple instrumentalidad o a un conjunto de medidas o de técnicas que sirvan para resolverla.

Me parece más importante entender que la tecnología excede las medidas técnicas con las cuales por lo general se le identifica. La intencionalidad tecnológica extiende sus ramificaciones más allá de su espectro puramente técnico.

La tarea del arquitecto es en consecuencia comprender el sentido de la tecnología y no tanto sus efectos. La tecnología va más allá del conjunto de las técnicas utilizadas por el hombre en su actividad transformadora de la naturaleza y es el reflejo más importante de las diferentes culturas. Cada época crea su propia cultura apoyada en experiencias, cada construcción arquitectónica despierta conocimientos y emociones a partir de composiciones en las que brilla el número, la medida, la proporción, la armonía, asociadas en una forma enigmática, a un simbolismo evidente.

Lo que yo he intentado a través de diversas experiencias arquitectónicas, particularmente las prehispánicas, es acercarme al problema del número; en esa arquitectura ceremonial y cósmica encuentro una vivencia que me permite entender mejor la continuidad de los espacios arquitectónicos y su relación con el cosmos.

En los últimos proyectos que he realizado, en forma gradual he tratado de encontrar el límite, las fronteras. Un límite que puede ser el cielo, el infinito o el horizonte, un límite dado a partir de un elemento cualquiera: una luminosidad repentina, un reflejo, un cambio de atmósfera, una transparencia, pero que a partir de esa frontera aparezca o sugiera otro elemento que sigue después y así sucesivamente.

Entre la arquitectura y el universo, el límite es virtual y se hace patente en un momento en el que la naturaleza incide especialmente sobre él, especialmente para nosotros esta naturaleza llena de encanto es un espacio indecible que sólo se puede reconocer en el habitar y en el recorrido: La real posición y la adecuación del espacio permite que el recorrido no sea simplemente acortar una distancia, sino ir descubriendo elementos espaciales que son indecibles en el momento de contarlos y sólo aparecen cuando palpamos los cosas.

Cuando inicio la creación de un proyecto tengo un principio de incertidumbre, no sé si lo voy a lograr con lo que esté proponiendo; a pesar de tener unas cuantas ideas que me dan seguridad, no sé si se va a consumir lo que propongo espacialmente y poéticamente. Lo dice un poema de Robert Frost: « Cuando construyo un muro, dos cosas me detienen: qué tanto quedó afuera, qué tanto quedó adentro». Tengo la incertidumbre del navegante que sabe de qué puerto parte pero que ignora a qué puerto va a llegar.

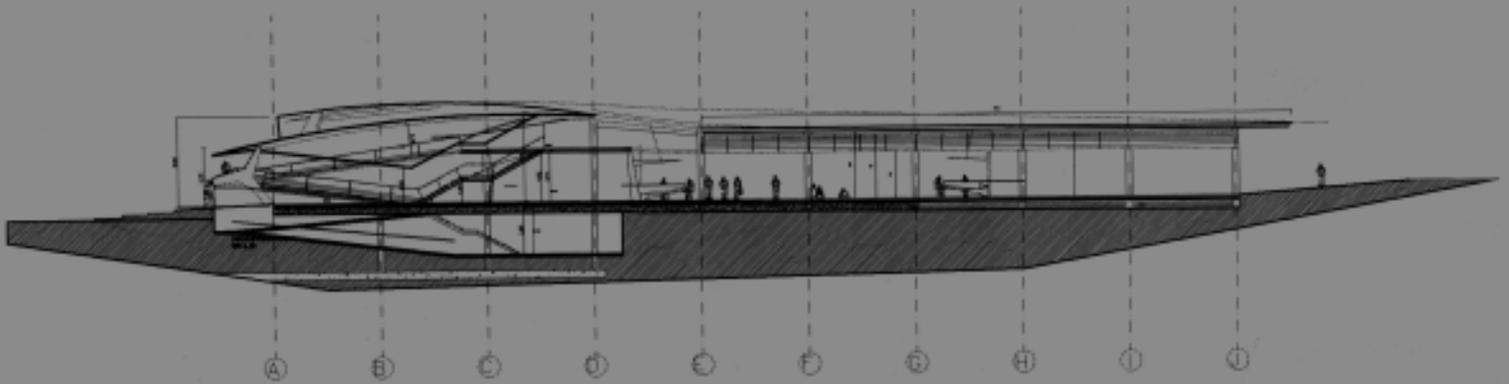
El principio de incertidumbre en un proyecto es que no se sabe si ese alfabeto de emociones que guarda la memoria elabora la verdad. Alfabeto de emociones que es la suma de afectos, acumulados en viajes por espacios, lugares y culturas concebidos por otros en esta época y en épocas muy distintas de la nuestra. Puedo transmitir a través de un hecho arquitectónico concreto esas evocaciones, esos instantes capturados en una experiencia personal que otros no conocen, que por lo tanto no tendrán en cuenta a la hora de aproximarse a la obra.

Lo difícil es eso, darle cuerpo a esa actividad, por eso es un trayecto que a medida que uno avanza se vuelve más extenso, cada vez se quieren poner elementos más enriquecedores de la espacialidad: ese es el proceso permanente de afinamiento, de mejoramiento, de saber hacer cada vez más puntual, más preciso, se aclara más el problema que se está resolviendo, poco a poco la incertidumbre deja palpar algún amarre de seguridad.

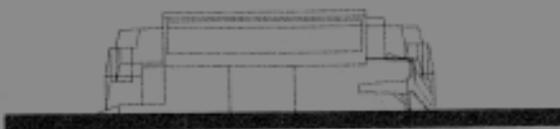
Creo que a través de estas cortas reflexiones me he aproximado un poco más al objetivo de la arquitectura que he tratado de hacer en Colombia; con ello no pretendo sino responder de la forma más eficiente posible a las necesidades de la sociedad a la cual pertenezco, dar una respuesta lo más exacta a la realidad y a la sociedad colombiana ■

*Detalle posterior escalera,  
Biblioteca Virgilio Barco  
Foto, Arq. Juan José Cobos Roa*





CORTE LONGITUDINAL A\_A'  
ESC 1\_125



FACHADA OCCIDENTAL (DIAGONAL 15)  
ESC 1\_125



FACHADA ORIENTAL  
ESC 1\_125